

La decadencia del amor

UNA mujer de un gran sentido crítico y filosófico ha encontrado este título sugerente para un libro suyo en que se refiere al problema palpitante del feminismo. Se trata de Marthe Borély, autora francesa de otros libros sobre temas afines: *La mujer y el amor en la obra de Anatole France* (1916); *El genio femenino francés* (1917); *El llamado a las francesas* (1920), etc.

De más está decir que la escritora parisiense no comulga con la idea de una pretendida emancipación de la mujer sobre la base de realizaciones como el sufragismo y otros «ismos» de tendencia masculinizante. Sin embargo, Marthe Borély no cae en el mismo defecto del campo opuesto, no gasta las intemperancias de las partidarias del voto político femenino, no sale de tono, pero defiende sus ideas con un convencimiento comunicativo y un pensar clarísimo, siempre interesante.

El conflicto actual de los sexos, dice, se debe en gran parte al hecho de que su interpenetración recíproca, que favorecía una recíproca fecundación espiritual doblemente productiva, está resultando imposible en la sociedad actual donde las costumbres han levantado entre ellos tales barreras que ya no les permiten conocerse y, por lo mismo, han llegado a estimarse menos. Reina en toda la sociedad un aire de desconfianza que perturba las necesidades naturales del corazón y arroja a una multitud de seres a las asperezas de la sociedad y a los tormentos de una verdadera neurastenia sexual. Yo no sé, agrega, si en alguna otra época se han visto tantos seres sin pareja pasear por el mundo un aislamiento tan incurable.

Este malentendido que los separa se hace cada día más grande; sus sentimientos no han cambiado, pero un singular orgullo los refrena. No se comprendería completamente nuestra época si no se reconociera la existencia de esta extraña inquietud, causa secreta de algunas atroces desviaciones sexuales. Que no se vea en estos tristes errores el solo efecto de la curiosidad o del snobismo. Si se interroga a la literatura que nos revela estos extraños amores, se descubrirán en ella más sutilezas morales que pura sensualidad. El vicio no tiene tanto poder como se le supone. En el fondo de la mayor parte de los errores humanos, recalca la escritora, está el corazón, el eterno insatisfecho.

¿Cuáles serían las causas de esta decadencia del amor? Es curioso que sea una mujer la que culpe de ella en gran parte a su propio sexo, y es el aspecto más interesante que sus opiniones tienen.

Fedra, discurrendo delante de Sócrates sobre los méritos del amor, decía que un ejército compuesto de amantes exaltados podría vencer al mundo. Sin este sentimiento, el hombre, esclavo de un individualismo bestial, sin otro móvil que el egoísmo, ciego a la belleza, insensible a la perfección, descendería pronto a sentimientos inferiores y a obras bajas. Creador de heroísmo, animador del genio, el amor es maestro de las artes y de las musas, que han hecho la grandeza del individuo y la fuerza de las sociedades.

Pascal ha definido admirablemente el amor como una «aspiración hacia la belleza». Lo que hace la fuerza de la sensualidad humana viene únicamente del espíritu que le presta su propio poder dándole ese perpetuo alimento que le impide extinguirse. El hombre es egoísta cuando no ama. Mas para inspirarle amor no basta mostrar que se le siente; es necesario hacérselo deseable. El hombre busca en realidad en la mujer, no solamente la satisfacción de un instinto, sino que la realización de un pensamiento, de un ensueño. En diferentes épocas, en civilizaciones muy diferentes, se encuentra esta misma preocupación intelectual del amor que muestra la eterna impotencia del

instinto para contentar este deseo del espíritu que se nombra comúnmente un ideal. Este deseo espiritual que no es, sin duda, más que una aspiración violenta a la virilidad y a la feminidad perfectas, forma todo lo trágico del amor. Hay que fijarse bien en que si el encuentro de un hombre tipo y de una mujer verdadera es el más bello espectáculo que este mundo puede ofrecer, vemos que el caso no se prodiga mucho, y que esta suerte de perfección, a la cual aspira el amor, se torna cada vez más rara, en una época en la cual las ideas, las costumbres, las leyes mismas, conspiran a disminuir esa distancia natural que separa los sexos hasta volverlos incapaces de satisfacer la necesidad moral que tienen uno del otro.

Es un fenómeno visible que el progreso consiste actualmente para la mujer en alejarse lo más posible de su sexo, antes que empeñarse en ser dentro de él un tipo perfecto. Se olvida que una mujer no es superior por las mismas razones que un hombre lo es, y que, desde el punto de vista de la unión de los sexos que debe primar sobre todos los otros en ella, importaría más que no perdiera nada de sus ventajas propias. Todo en su vida debiera responder a este destino social, aun su instrucción. Sin embargo, su pretendida «emancipación intelectual» la aparta cada vez más de este papel de tanta trascendencia para la humanidad.

En esta cuestión tan pueril del feminismo intelectual, insiste Marta Borély, hay una distinción importante que hacer. El hombre no cultiva su espíritu principalmente para gustar a la mujer, sino porque la instrucción es para él un instrumento de trabajo, un arma de conquista, porque ella lo apercibe del medio de ganar un sitio en la sociedad y de compartirlo con una compañera.

Para la mujer las condiciones son muy diferentes. Como se trata, ante todo, de gustar al hombre, del cual normalmente debe depender, la instrucción que le corresponde no puede ser juzgada en sí, sino según el mayor o menor agrado que con ella pueda procurarle al hombre. Ciertamente es que nadie impide a las mujeres ahogar esta impulsión natural, dispensarse de estos sen-

timientos y aún encontrar indigno someterse a ellos. Ni nada les obliga a buscar su felicidad y su seguridad al amparo de una ternura masculina. Pero las que no podrían hacerse una segunda naturaleza—y que son tantas—juzgarán las cosas de otro modo y no despreciarán los medios de aumentar las dotes de seducción que les son propias. Porque si la inteligencia femenina, en lo que tiene de más atrayente: la gracia del espíritu, la dulzura de sentimientos, la suave comprensión que son sus atributos, tiene para el hombre una fascinación irresistible, porque ve en ella una deliciosa promesa de felicidad, el «sabi-hondismo» le será siempre odioso, en un ser únicamente hecho para encantar.

«¿Quién de nosotros, dice Stendhal, no preferiría, para pasar su vida, una criada a una mujer sabia?» Stendhal, que tenía por la inteligencia femenina el gusto refinado que sienten por ella los grandes enamorados, sabía mejor que nadie que sólo esa fina inteligencia, conservada en su purísima expresión, da a la belleza el perfume y el brillo que la hacen tan seductora para el hombre. «¡Cómo te comprendo, joven varón, exclama la escritora, huyendo de esa virgen sabia que habla de todo, de todo con igual ignorancia!... ¿Pero sabrá ella ser la reina de su casa y hacer reinar en ella el orden y la gracia?»

Si la fuerza y la superioridad de la mujer residen en el amor, no hay que envolver esta palabra en la hoguera de la sexualidad; no puede verse en ella únicamente una esclava del placer. Ninon misma, que sacrificaba a sus placeres a una edad en que otras no lo podrían, no era únicamente una cortesana. Colocando sus alegrías intelectuales y sus amistades verdaderas por encima de sus caídas, demostraba que sólo la embriaguez de su pensamiento podía satisfacer a una alma perdidamente amorosa...

El desastre brutal que el siglo ha infligido al idealismo no es extraño a la decadencia del amor. Costumbres utilitarias están privando a la mujer de su valor emblemático: la musa que todo lo inspiraba. Tratando de ser demasiado parecida al hombre ha perdido su misterio, del cual la poesía, que se alimenta

de gracia y de ilusión, se exaltaba. De ahí que haya también una decadencia de la poesía.

Marta Borély no trepida en tomar la defensa del hombre en esta bancarrota de los idealismos. Hoy día, dice, el hombre es el gran calumniado... No es tan exclusivamente sensual ni tan egoísta como se dice; es más generoso de lo que se piensa. El estado de antagonismo que separa hoy día los sexos le turba, a él también, y lo oprime hasta el punto de tornarlo injusto, escéptico, cínico aún. La ruptura que siente, entre seres hechos para completarse, le hace a menudo buscar en las diversiones y en la ambición algo con que llenar el vacío moral que le abruma. Un extraordinario pudor sentimental refrena sus impulsos naturales. Con más decisión, puede ser, que la mujer y seguramente con más astucia, sabe preservar de toda zarpa sus reservas de amor, que abandonará a la que espera secretamente. Lo que cien mujeres no habrán podido hacer de él, lo va a hacer una sola... Y porque ella habrá encontrado el camino de su corazón, diciendo las palabras que esperaba, porque ella habrá llenado con su encanto y su dulzura el sueño ambicioso de su imaginación, porque ella habrá satisfecho el profundo deseo de ternura que le atormenta, recuerdo obstinado, tal vez, del que supo sobre las rodillas maternas, helo ahí conquistado, encadenado... El egoísta, el inconstante, no es más que un hombre amoroso.

La sonrisa es el genio de las mujeres, dice la autora francesa. Expresión del idealismo femenino, es el símbolo de una maravillosa diplomacia que ha hecho por la civilización humana tanto como el hombre con sus inventos y sus armas. Esta diplomacia, que posee una singular inteligencia del amor y que inspira a la mujer las actitudes y las palabras más eficaces para agradar, es la fuente de esa finura sentimental que hace de ella la educadora del hombre y la gran maestra de las costumbres. Desde que ella cesa de pulir al animal humano, la sociedad retorna a la barbarie y ella misma a su condición primitiva.

Se quiera o no, esta sonrisa, genio femenino, es su medio de acción más eficaz, su arma más irresistible y más directa. Por

ella tienen tal dominio sobre el hombre, que es de admirarse cómo no manejan el mundo por la sola virtud de la sonrisa...

Nadie puede negar esta verdad. Al ideal puritano, y tal vez judaico, que ignora la fuerza singular de la sonrisa y de la gracia, oponemos la naturaleza esplendente, más bella en sus imperfecciones que una fría y estéril quimera.

La dichosa emancipación intelectual de la mujer ¿qué ha hecho de su sonrisa? La inocente criatura que penetra el corazón del hombre con una bella mirada amante, posee más ciencia verdadera que la que pretende reducir al hombre con sus argumentos. En vano se dirige ella a su razón. Es la feminidad pura donde ella tiene su fuerza; a ella le debe esa seguridad admirable que le permite herir al hombre en el solo punto que es vulnerable, en su carne, pero cerca de su corazón, cerca de su cerebro; y exaltar en él ese sentimiento de dominación viril, en que los hombres encuentran la más alta suma de conciencia individual que les sea dado conocer. No hay influencia femenina que se ejerza eficazmente fuera de esta vía oculta, misteriosa y, pudiera decirse, instintiva.

En cambio, las costumbres sociales y las tendencias feministas están haciendo perder a la mujer el encanto de su feminidad espiritual con el cual triunfó sin encararse al pensamiento varonil para disputar con él, llevando un birrete de doctor encajado sobre los cabellos, que antes sólo se adornaban de flores. Está en decadencia la charla fina que antes hacía la gracia de los salones, en que la mujer triunfaba como reina por la virtud sola de sus propios atributos. Hoy se baila y se juega dinero más que se conversa. El bridge es típico y prueba que se ha tratado de reemplazar malamente el encanto perdido de esas reuniones.

La educación en el amor es cosa completamente femenina. Eugène Monfort dijo hace veinte años en su «Ensayo sobre el amor», como si se tratara de esta época: «La educación del hombre está por rehacerse». Olvidada ya un poco la antigua galantería, privado el hombre de esta educación sentimental dada en la sociedad por las más bellas sensibilidades femeninas, des-

viadas hacia esa dichosa emancipación; ignorando esa progresión sabia del sentimiento, obra de la delicadeza de ellas, ¿qué podrá saber el hombre del amor? Así no es raro que pueda tener la idea primaria que mujeres inferiores o incultas, a cuyos brazos ha descendido, le hayan podido inspirar. Y ha ocurrido, asimismo, el fenómeno de que muchos hombres—frecuentemente los más delicados—han encontrado entre esas «incultas» un calor de abnegación, una sinceridad de espíritu, cuyo equivalente no han hallado en otras más civilizadas. La ignorancia tiene siempre un perfume fresco, un encanto ingenuo que no posee los defectos irritantes de ese espíritu individualista, y a menudo combativo contra el hombre, que una cultura errada ha sembrado entre las mujeres enfermas del mal de la emancipación.

El amor no tiene más que una sola y misma fuente. Cuando cesa de brotar, la noche desciende sobre el corazón del hombre, y en todos sus dominios morales se acusa una decadencia verdadera. Y cuando le falta la dulce guía de la espiritualidad femenina, libre de contaminaciones feministas, sin la cual no puede dar a la sociedad todo lo que debe ni lo que hay derecho a esperar de él, es tal la ironía de los tiempos, que, ayuno de esta tierna ayuda, cuya ausencia jamás ha sentido como ahora, y que pide con una angustia creciente, la mujer le ofrece una colaboración política: solicita el voto femenino...

¿Hay también una decadencia de la galantería? Aún antes que los trovadores y que las Preciosas, María de Francia afirmaba que no hay costumbres sanas donde no existe la galantería. Los griegos fueron los maestros en quienes el amor tomó un valor superior y llegó a ser un medio de perfeccionamiento individual y de cultura social. Los siglos más brillantes de la historia del mundo son aquellos en que la galantería floreció como un arte. No se trata de desconocer el fin esencial del amor, y de caer en un sepulcro de espiritualismo, sino de dar a la sexualidad fuerzas superiores, favoreciendo, por efecto de un lirismo intelectual, el juego de la naturaleza. El arte de la galantería no persigue otro propósito. La sensualidad amorosa

sería muy precaria si la imaginación no acudiera a exaltarla. Y, por fin, el sensualismo solo, el que no tiene más historia que el hambre o que la sed, nunca ha sido el amor. ¿Camina nuestra época hacia este abismo?

En el arte de la galantería entran dos elementos esenciales: el sentido y el respeto de la belleza. Cuando el sentimiento de la belleza desaparece, el respeto por las mujeres se pierde. Las civilizaciones antiguas, que llegaron a un grado que nosotros no alcanzamos en el culto por la belleza, tuvieron, asimismo, el de la mujer y honraron tanto el uno como el otro. La literatura y las bellas artes, Homero y Fidias, lo demuestran. La sabiduría antigua quiere que el amor se acerque a la mujer como a una divinidad. Cuando Ulises encuentra a la bella Nausicaa se llena de un sentimiento de respetuoso pudor que teme ofenderla mostrándose. Semi oculto en los rosales de la ribera, la habla desde lejos en un lenguaje que parece litúrgico: «¿Eres diosa o mortal?... Nada he visto más admirable. Estoy deslumbrado. Me parece ver todavía el delicioso tallo de palmera que miré en Delos, cerca de la casa de Apolo, y que había brotado de repente del fondo de la tierra. Porque admirando ese tallo, me sentí fascinado por su encanto, y jamás la tierra ha creado un árbol tan admirable. El deslumbramiento que me causa tu presencia no es menos grande. Sólo el temor me impide afrontarlo para abrazar tus rodillas.»

La belleza que inspira este santo respeto es sagrada para los hombres. Por su naturaleza divina, ella tiene derecho a toda su indulgencia. Los viejos de Pérgamo perdonaban a Helena las desgracias de su patria y la muerte de sus hijos. El único que osó murmurar enfermó de tartamudez, por ese sacrilegio contra la belleza.

—Ella no es culpable—decía el viejo Priamo—; ¡son los dioses los que lo ordenan!

No haremos más citas del interesante libro de Marta Borély. Ellas bastan para comprender su tendencia y su substancia.